

José Miguel Blanco
“Proyecto de un Museo de
Bellas Artes”

en Santiago: Revista Chilena, Tomo XV,
1879
páginas 236-242

PROYECTO DE UN MUSEO

DE BELLAS ARTES (1).

Quando se habla de la riqueza nacional, dicen algunos con cierto desaliento que Chile es un país pobre; que la naturaleza no ha derramado en él sus tesoros con la misma prodigalidad que lo ha hecho en el resto de nuestro continente; que esta tierra, regada abundantemente, tanto por la sangre de sus hijos como por la del conquistador, es estéril por demas; pero, los que tal piensan i dicen, no reflexionan que esa misma esterilidad i esa misma pobreza de nuestro suelo, obligándonos a trabajar constantemente, nos colocarán al nivel de las naciones mas cultas de Europa, i por consiguiente, a una inmensa altura respecto de las que nos rodean.

El trabajo robustece el cuerpo, desarrolla la intelijencia, inun-

(1) D. nos acojida con placer al interesante artículo del señor Blanco, uno de los artistas mas inspirada, intelijentes e instruidos con que se enorgullece el Nuevo Mundo. Creemos que su proyecto debe ser protegido por todos aquellos que se interesan por el engrandecimiento del país. El arte es quizá la manifestacion mas bella i espléndida de la intelijencia humana. Un pueblo como el nuestro, que dia a dia progresa mas i mas, debe tener artistas i estímulos para los artistas.

¡Ojalá se acepten las ideas del señor Blanco!

Los Directores.

de el alma de alegría, i tarde o temprano lleva la abundancia i el bienestar al hogar del pobre laborioso. Si fuera verdad que nuestro país es tan pobre, como lo pintan algunos, no lo sentiríamos: nos felicitaríamos de ello, porque la riqueza hereditaria es a nuestro juicio verdadera pobreza, miseria. Obligados a vivir de nuestro trabajo, ya habríamos planteado muchas fábricas, muchos talleres, muchos establecimientos que necesitamos para elaborar en ellos los productos que cambiamos al extranjero por el oro de nuestras minas o el trigo de nuestros campos. Verdad es que estamos a mayor altura intelectual que los países que nos rodean; pero esa ventaja no es tan grande como la creemos: exajeramos demasiado. Nuestra marcha nos parece mas rápida de lo que en realidad es, gracias a que la de nuestros vecinos es tan lenta i pesada como la de la tortuga, i en ocasiones parece estacionaria.

Tenemos en abundancia elementos dispersos que la mano de un individuo laborioso e intelijente reuniria sin mucha fatiga, dándoles la forma o el conjunto a que por su naturaleza están llamados, i que prestarían gran servicio al país, justificando tambien nuestro decantado progreso. El ramo de las bellas artes, por ejemplo, nos ofrece abundante material para probar lo que dejamos dicho: es decir, nuestra inercia.

Desde nuestra emancipacion de la metrópoli, época en que empezamos a cultivar libremente todos los ramos del saber humano, se ha podido notar que el pueblo chileno es un pueblo esencialmente artista. O'Higgins dibujaba i pintaba con la misma facilidad que el maestro Santelices esculpía sus imágenes para nuestras iglesias; el señor Zegers dibujaba con tanta maestría, que casi podemos decir en presencia de sus obras que aventajaba al malogrado Gana, muerto en la primavera de la vida. Los maestros i fundadores de la academia de pintura, escultura i arquitectura, se complacían al reconocer en sus alumnos aptitudes artísticas desarrolladas en alto grado. Cierta dia fuimos a visitar a E. Charton, que despues de haber recorrido la América en toda su estension establecía definitivamente su taller en Paris; i acordándose de Chile, nos dijo con esa franca jovialidad tan propia del carácter frances:

«Amigo, ¡qué país tan bello es Chile! ¡Cuánto daría yo por volver a visitarlo! ¡Qué cordilleras! ¡qué vejetacion! ¡qué aire tan puro i qué cielo tan diáfano! ¡El bajo pueblo, su tipo, sus trajes, sus costumbres; esos rodeos, trillas, velorios, cuecas, processiones, paseos al Campo de Marte, carreras en la cancha... Sacre n... todo eso

es encantador, es artístico, es pintoresco por demas. No extraño que el pueblo tenga tanta facilidad para aprender a dibujar: tuve discípulos que aprendían casi sin necesidad de mis lecciones. El día que el gobierno establezca museos i haga enseñar dibujo en las escuelas públicas; el día en que los particulares empiecen a proteger a los artistas, ese día Chile va a ser en América lo que es Italia en nuestra Europa: el país mas artístico del continente.»

I decia la verdad Charton. De igual modo hemos oido expresarse a extranjeros intelijentes que han visitado nuestro país.

Los hombres de estado que contrataron en Europa a los primeros profesores de nuestras academias, debieron pensar como Charton i demas extranjeros, porque a mas de llamar al país a esos primeros artistas, les impusieron, en su contrato, la obligacion a cada uno de ellos de hacer *una obra cada año*, con el objeto de que estas sirvieran de base para formar el primer museo artístico en el país. Por desgracia, la obra iniciada por esos gobernantes no ha sido continuada por los que les han sucedido en el poder. Esos hombres que desplegaban toda su actividad i toda su intelijencia en servicio de la patria comprendieron desde temprano que un MUSEO DE BELLAS ARTES no es un establecimiento de lujo para el país que está llamado a vivir i enriquecerse con el trabajo personal, particularmente en las fábricas industriales i en los talleres artísticos. Lo juzgaron, pues, no solo necesario; pero tambien indispensable. La erudicion adquirida en los libros o en los viajes robustecia en ellos esa conviccion. Sabian que en el viejo continente, hasta la aldea mas insignificante ostenta orgullosa su pequeño Museo, para que el viajero admire las obras de sus hijos mas esclarecidos i sirvan de estímulo a los que sientan arder en su pecho el noble deseo de honrar a la patria.

Las 365 iglesias que hasta hace poco se contaban en Roma, no dan tanto brillo a la ciudad eterna como su solo Museo del Vaticano. Paris, Lóndres, Bruselas, Madrid i otras capitales no tendrían tanta fama de cultas sin esos Museos que son el depósito de las obras que produce la intelijencia de sus nacionales.

Los que hemos tenido la suerte de visitar i estudiar en esos establecimientos las obras maestras que encierran; los que conocemos su utilidad i la influencia que ejercen hasta en la moral i educacion del pueblo, nos oremos con el deber de pedir en nuestro país la instalacion de un Museo, que como los de Europa, sea el santua-

rio del arte, la prueba de nuestro progreso que podamos presentar a los extranjeros que nos visitan.

Esta empresa parecerá a muchos una obra de romanos, sobre todo si se atiende al estado de guerra en que está la República comprometida; pero quien tal piense sufre un equivocacion, como vamos a demostrarlo.

El gobierno posee una cantidad considerable de cuadros, estatuas, bustos i otros objetos artísticos que corren dispersos sin que nadie haga caso de ellos para salvarlos de una ruina completa. De éstos hai algunos en la Universidad, en los altos de la Biblioteca, en el palacio de la Esposicion, en el consejo Universitario; los hai tambien en la intendencia de Valparaiso, en la Matriz de ese mismo puerto, en la Moneda, en el Congreso i hasta en el Santa Lucia. Con un simple decreto del señor Ministro de Instruccion pública, en que se autorice a dos o tres personas de buena voluntad para reunir esas obras en los altos del congreso, o en alguno de los edificios del fisco o del municipio i en el término de treinta o cuarenta dias, si no ántes, todo estaria arreglado. La Esposicion que se hizo el 77 no pidió mas tiempo. El gasto de peones para trasportar esas obras i la compra de clavos para colgar los cuadros i los cajones o pedestales para suspender convenientemente los bustos i estatuas, creemos que seria tan insignificante que hasta los aficionados al arte se suscribirian para costearlo, sin que el Ministerio desembolsara un solo escudo. Pero pasemos una lijera revista a las obras que poseemos, para que no se crea que exajeramos el número ni el mérito de ellas.

La principal de éstas es un magnífico grupo en mármol que representa *La piedad*, debido al cincel de Miguel Anjel Buonarroti: obra que por sí sola mereceria un salon especial, un salon de honor. Nos parece difícil que alguien pueda imaginarse en Europa que entre nosotros existe una escultura del gran Miguel Anjel, i mucho ménos que lleguen a imaginar el que esa reliquia del arte esté votada por el suelo, cubierta de polvo, en varios fragmentos, i en un cuarto viejo que amenaza desplomarse de un momento a otro i acabar de arruinar ese mármol del cual se enorgulleceria cualquier galería Europea. Monseñor Eyzaguirre que legó estas obras al gobierno, nos contaba en Roma que ese grupo le habia costado 40,000 francos. Debemos confesar que jamás dimos crédito a Monseñor: primero, porque estábamos convencidos de la imposibilidad o la rareza de encontrar quien quiera vender un tra-

bajo del Buonarroti por tan bajo precio, i segundo porque dudábamos de su autenticidad; pero nuestra incredulidad cesó en presencia de la realidad. Monseñor Eyzaguirre acompañó tan valioso legajo con otras treinta i tantas obras de pintura i escultura, entre las que hai algunas de no escaso mérito; pero que no están mas cuidadas que la del divino Miguel Anjel.

No recordamos a punto fijo el número de cuadros, que en cumplimiento de su contrato pintó para el gobierno el señor Cicarelli; pero podemos asegurar que los que aun se conservan están repartidos en diferentes partes. Los que pintó por igual contrato el señor Kirbach están en el museo de historia natural, i ahí mismo hai cuatro de los ocho o diez bustos en mármol que esculpió nuestro profesor de escultura Mr. François. ¿A qué poder habrán pasado los demas? ¿se habrán quebrado o estarán metidos en algun oscuro subterráneo esperando salir a luz algun dia? El señor Mochi, actual profesor de la academia de pintura, tiene obligacion de pintar dos cuadros cada año para el gobierno; el ministro señor Amunátegui nombró una comision para que designara a Mochi los temas o los personajes que debia pintar; pero la activa comision cumplió tan bien con su honorífico encargo, que hasta la fecha, en mas de dos años, no se ha reunido: espera sin duda que el artista se marche a su país al cumplir su contrata que ya espira, o se muera para ordenarle lo que debió pintar. ¡Bendita comision! Pasaremos en silencio vuestros nombres por temor de ofender tanta modestia.

El profesor de la clase de escultura, señor Plaza, segun su contrato debia haber entregado ya ocho bustos en mármol; pero parece que éste espera la entrega de los cuadros de Mochi para entregar sus bustos.

Los cuadros de Mochi i los bustos de Plaza formarian un total de diez i seis obras que aumentarían nuestro proyectado Museo.

A esta nomenclatura pueden agregarse todavía el *David* i el *Sócrates*, comprados por el gobierno de Chile en nuestra última Esposicion.

Los pensionistas que han estudiado i estudian actualmente en Europa tienen obligacion de mandar un cuadro cada año. Sabemos que de esos cuadros uno hai en la Intendencia de Valparaiso, otro en la Matriz de ese mismo puerto, seis hemos visto en la academia

de pintura, i el paradero de los demas lo ignoramos. Durante la administracion Monti se encargaron a Italia 10 o 12 copias de los cuadros mas notables de esa escuela: algunos de ellos ya están rotos i tan mugrientos otros, como si contaran algunos siglos de existencia.

El coronel señor Maturana, tan conocido i estimado de los artistas por su amor a la pintura, tuvo la feliz i jenerosa idea de obsequiar con dos de los mejores cuadros de su galeria a la academia de pintura. A mas de los cuadros ya enumerados hai otra coleccion considerable, en que figura tambien uno atribuido a Rivera, que Cicarelli tenia en grande estimacion. I a propósito de Cicarelli, nos viene a la memoria que este se quejaba continuamente de la desaparicion de un cuadro, en los siguientes términos:— «Es un pecado que se hayan robado el mejor cuadro de esta escuela.» Parece que el cuadro robado fué un S. Juan Bautista, orijinal de Velasquez. Si le fuera posible volver a la vida ¡cuántos nuevos pecados tendria que lamentar el buen señor! Pero concluyamos.

Entre todos esos cuadros, estátuas, bustos i otros objetos de arte, su número no bajará de doscientos, cantidad considerable para fundar un pequeño Museo, el cual andando el tiempo puede llegar a ser lo que es el Louvre en Paris o el Vaticano en Roma. Pero mientras no se implante dicho establecimiento, todas esas obras adquiridas por el gobierno a costa de los fondos nacionales u obsequiadas por el patriotismo están bajo inminente peligro de desaparecer una tras otra. Reunidas en un solo local, formando de ellas un catálogo, conservándolas con esmero i mostrándolas al público para que las reconozca i las estime como tesoro que le pertenece, estarian, hasta cierto punto, a salvo de robos i deterioros. Cada obra nueva obsequiada por algun particular llevaria escrito el nombre del individuo i fecha en que la regaló. El museo, una vez instalado, seria abierto gratis al público los dias festivos; en los demas se cobrarían 20 centavos por persona. A imitacion de los de Europa, el Lunes estaria cerrado, para el aseo jeneral i la visita de inspeccion. Los artistas o aficionados que desearan hacer alguna copia solicitarían permiso del director, el cual seria libre de rehusarlo o concederlo por el tiempo que creyera conveniente.

Habria ademas una sala especial para exposicion permanente de toda obra nueva que su autor deseara exhibir con objeto de

vandería. Una comisión nombrada por el señor ministro presentaría el reglamento que nosotros indicamos a la lijera. La inauguración solemne del Museo tendría lugar el día de la entrada a la capital de nuestro ejército victorioso; pues éste le serviría de verdadero arco triunfal inscribiendo en su portada dos fechas gloriosas reunidas en una sola: el triunfo de nuestras armas i el primer templo consagrado al arte en la capital, que está llamada a ser el foco de la civilización del nuevo continente.

JOSÉ MIGUEL BLANCO.